

«Pugnan los juicios al hablar del león; unos pregonan y ensalzan su clemencia y magnanimidad; otros su crueldad feroz y rabia de destrucción.

Para reducir á sus justos límites tales apreciaciones, basta decir que el león, á despecho de su realza, es un animal que obedece, como el resto, á la fuerza de sus instintos. Si desdena una presa fácil no es por ser noble y generoso, sino porque no experimenta hambre; si se lanza sobre un hombre, no es por afán de destrucción, sino casi siempre por propia defensa ó para precaver una agresión.

Yo defino así al león: es un animal potente, terrible, cuando se le ataca; pero que, así de noche como de día, jamás se lanzará sobre el hombre inofensivo y resuelto, mientras no esté aguijoneado por el hambre y no le falte el alimento que le proporciona la fauna africana.

Para probarlo voy á narrar la siguiente historia:

Hace algunos años, un destacamento del 70 de línea partió de Bona para ir de guarnición á Song-Ahras. Tras algunas penosas etapas, calentadas por una temperatura tórrida, varios soldados hicieron, al fin, alto, extenuados. Uno solo había quedado rezagado.

Se había acostado para reposar un instante á la sombra bienhechora de un olivo. Un sueño profundo y reparador se apoderó del soldado, que despertó al día siguiente, poco antes del amanecer. Pero si su sueño había sido riente y poblado de doradas visiones, en cambio su despertar fué de los más terribles. Á cuatro pasos, y sentado sobre sus patas traseras, un león negro, de gran talla, le examinaba con atención, y parecía espiar el momento en que abriese los ojos.

El soldado creyó, durante un instante, que aun dormía; se restregó los ojos á fin de sacudir la pesadilla, pero la espantosa visión permanecía inmóvil delante de él.

Señoreado por el terror el soldado, su primer movimiento fué coger el fusil; el arma estaba descargada. Hizo un movimiento para cargarla, pero, lleno de pavor, no tuvo aliento para ello. Se levantó, y el león hizo lo mismo; dió dos pasos, y la fiera le imitó; aceleró el paso, y el león le siguió detrás.

La angustia del soldado duró cerca de un cuarto de hora; cuando volvió la cabeza vió al león que le seguía siempre á cuatro pasos.

En fin, al cabo de un trayecto bastante largo, el león, que sin duda había llegado á su guarida, lanzó un formidable rugido, y desapareció entre espesos matorrales. Como es de suponer, el soldado huyó como alma que lleva el diablo, y tuvo la suerte de volver á reu-

nirse con sus compañeros. Á pesar de tan feliz resultado, sufrió tal sacudimiento, que la voz de mando de sus superiores, las palabras de sus compañeros, el menor rumor, le causaban estremecimientos nerviosos. Si se le llamaba bruscamente, daba un salto prodigioso; y sólo se tranquilizaba cuando había visto la persona que le hablaba. Tuvo que ser licenciado y enviado á sus lares.

Este hecho, cuya autenticidad pueden garantizar muchos testigos, no es solo y aislado, y prueba que, si la vista del león produce en las naturalezas nerviosas terribles efectos, el aspecto del hombre parece impone respeto á tan respetable animal.

La caza favorita del león son los jabalíes. Se aproxima cautelosamente á las piaras de estos animales, y se lanza sobre sus víctimas. La lucha no es larga, y el desenlace no es dudoso, salvo cuando el hediondo y penetrante olor que exhala el león revela su presencia.

En este caso, si el jabalí no sabe con certeza el lugar donde se halla el león, permanece quieto é inmóvil por temor de dar más pronto con su terrible enemigo; y tembloroso, agitado, erizados los pelos, y escuchando con gran terror todos los rumores del desierto, se apresta para un combate en que forzosamente ha de sucumbir; pero dejando antes huellas profundas de sus colmillos en el cuerpo de su adversario.

El ciervo, que corretea por entre las selvas de Argel, sirve también de pasto al león. Oculta la feroz alimaña entre espesísimos matorrales y altas yerbas, el rey de aquellas soledades espera silenciosamente á su pobre presa; y cuando la divisa da un furioso salto, cae sobre el ciervo y lo destroza en un instante. El león saborea deliciosamente la carne de su víctima, manjar también favorito de sus espléndidos festines, sobre todo en la época del celo, en que el ciervo, señoreado por los amores, no se preocupa de su conservación.

Las gacelas y antílopes, á despecho de su pasmosa ligereza, caen también bajo las aceradas garras del león, unas veces cuando alborozadas y dando brinco atraviesan los bosques, y otras de noche, cuando son sorprendidos en los momentos del sueño y del reposo.

Cuando falta caza en los bosques africanos, el león se lanza sobre el ganado. Hase dicho que la fiera fascinaba á los carneros y bueyes, hasta el punto de que por sí solos se dirigían al antro del león. Nada más erróneo, pues los caballos, bueyes y carneros, al aproximarse el felino, huyen veloces como el huracán en dirección á la llanura ó hacia los aduares.

El león negro se muestra batallador, aun respecto á los leones de otras especies que invaden su campo,



Cazadores indígenas

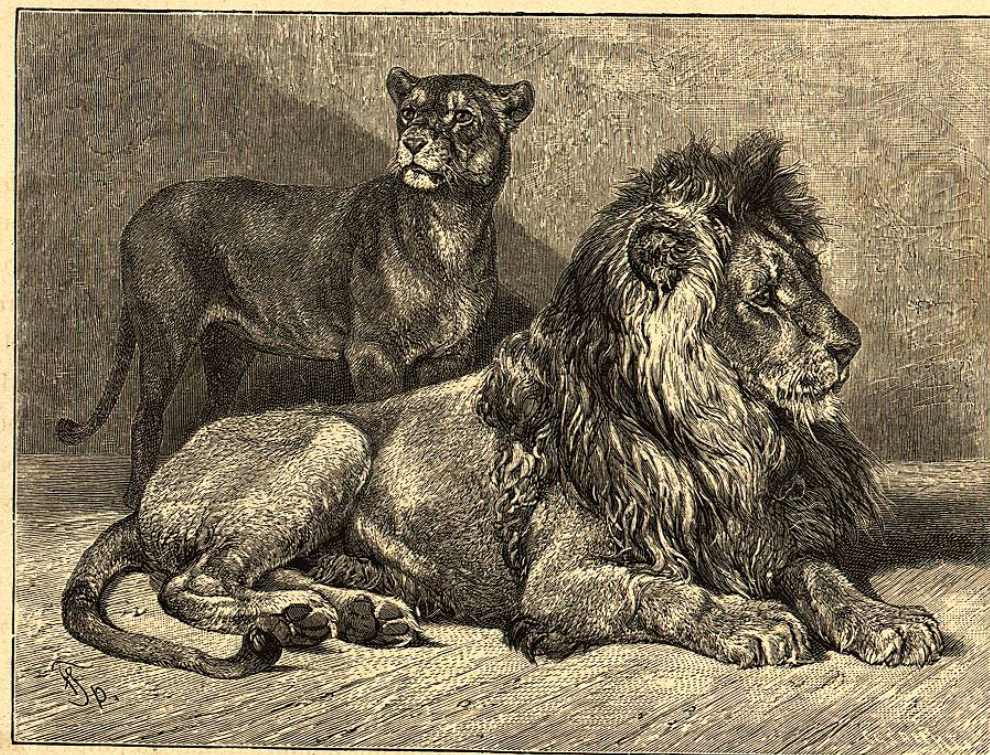
precedentes de Marruecos ó Túnez, y les trata como á bandidos y merodeadores.

El rugido del león negro, al salir por la tarde de su guarida, es más fuerte, vigoroso y horrible que el del león gris ó el de piel amarillenta.

Á media noche, cuando en el seno de la selva resuena aquel grito formidable, los ánimos mejor templados experimentan hondo pavor y miedo. En este rugido del león vibran notas extrañas de fuerza, audacia y furor, que pregonan la presencia del animal, orgulloso de su realeza, y cuyo carácter definía Gerard en tres gráficas palabras; *valor, imposibilidad y audacia*.

Á maravilla pinta la frase árabe *rad* (trueno) el rugido del león. Varias veces habréis oído un espantoso

trueno, seguido de un redoble prolongado, que decrece de cuarto de segundo en segundo; pues bien: este redoble da una idea aproximada del rugido del león; y digo sólo aproximada, porque este rugido, al principio débil, crece á guisa de escala cromática ascendente, hasta llegar al ruido del trueno; y después mengua, mengua, hasta concluir y espirar en levisimo murmullo. En honor á la verdad, debo añadir que, por espantoso que sea el rugido del león, me causa mayor pavor el estrépito que producen las embravecidas olas del mar en una horrible noche de tempestad, en que retumba la voz del trueno, llamea por doquier el rayo, y silba furioso el aquilón.



CAPÍTULO IV

LA CAZA DEL LEÓN ENTRE LOS ÁRABES



CURIOSA es la narración de la caza entre los árabes, pues ofrece notas características, que denotan las rarezas y cualidades de los sectarios de Mahoma.

Los árabes, que por punto general desdennan los adelantos de la civilización y andan en las fragosidades de las selvas africanas, mal equipados y peor armados, acuden al artificio con preferencia al fusil.

La artimaña usada principalmente por los árabes en la caza del león es el foso (*zobia* como le apellidan los indígenas); y los despojos de felinos que llevan á los mercados tienen casi todos trazas é indicios de haber sido cogidos merced á aquel artificio.

Los árabes, que, como es natural, no se muestran alborozados con la vecindad del león, que mora en todo tiempo en las montañas más pobladas de bosques, se alejan de aquellos sitios con sus tiendas y rebaños, sobre todo durante las estaciones de primavera, estío y otoño.

En el comienzo del invierno, cuando las tribus se aproximan á las montañas, en busca de abundoso pasto para sus rebaños, y para hacer provisión de leña, los leones suelen hacer frecuentes algaradas.

Los árabes kábilas, por módico estipendio, abren un foso de unos diez metros de profundidad y de cuatro á cinco de anchura, ofreciendo la forma de un pozo más estrecho en el orificio que en la base. Aquel foso se abre en el sitio alrededor del cual se levanta en la estación de invierno el aduar.

El recinto hállase cercado por una empalizada de arbustos cortados y de espinos, de unos tres metros de altura. El ganado se encierra dentro de otra empalizada, muy inmediata al foso.

El león, hambriento, llega junto al aduar, oye ruidos y el penetrante olor que exhalan los rebaños, y de un salto, y lanzando furiosos rugidos, cae casi siempre al fondo del foso.

Singular espectáculo ofrece en aquellos instantes el aduar. Las mujeres prorrumpen en gritos de alborozo; los hombres *quemán la pólvora* para anunciar tan fausta nueva á los aduare vecinos; los niños y los perros producen un ruido infernal, rayano con el delirio.

Los moradores del aduar ya no se entregan de nuevo al sueño. Alumbran fuegos, degüellan carneros,